

Prólogo del libro: “Un niño sin escuela una realidad posible...Aprendizaje autónomo, autosocioconstrucción o suvidagogía”.

Néstor Solera Martínez MsC.

Samuel González-Arizmendi es un profesor reflexivo, inquieto, pues, está siempre en la búsqueda de nuevas posibilidades de conocimiento a la hora de enseñar. González-Arizmendi no es de esos profesores (podríamos decir que casi la totalidad de ellos en nuestro entorno), que después de trabajar 30 o 40 años en escuelas, colegios y/o universidades, no reflexionan y, menos escriben, absolutamente nada, sobre su práctica pedagógica, o sobre los diversos problemas que se viven en las aulas de clases o fuera de ellas. No. Samuel, además de lo expresado arriba, es un hombre lleno de curiosidad, observador e investigador de la forma como los docentes afrontamos día a día el desarrollo de nuestra educación, y de que lo hagamos, siendo recursivos, de la mejor manera posible. En éste sentido González-Arizmendi es hombre, un docente, un abierto al conocimiento, es decir, no dogmático.

Todo esto lo traigo a cuento, porque cayó en mis manos una de esas investigaciones de González-Arizmendi, cuyo título es “Un niño sin escuela... una realidad posible...Aprendizaje autónomo, autosocioconstrucción o suvidagogía”, en la que trata de manera acertada el problema de los conocimientos que se adquieren en las casas por los niños y que no son tenidos en cuenta en la escuela formal. Es una grave equivocación desdeñar y no incorporar a la escuela estos ricos saberes, estudiados ya por algunos pedagogos, como Paulo Freire, por ejemplo.

En síntesis, la investigación trata de un niño llamado Teotisto (pobre, no estudia en una escuela formal, hijo de lavandera) y Sebastián (niño rico, que va a una escuela formal) y que un día se hacen amigos y deciden estudiar juntos, no en la escuela formal, sino en la casa de uno de ellos –Teotisto. Vemos a lo largo de ésta investigación que ambos niños se benefician de los conocimientos que cada uno de ellos tiene. Y en especial Sebastián, el que estudia en la escuela formal. Observamos como Teotisto es un niño pedagogo abierto al conocimiento, puesto que en cada clase propone nuevas formas para acceder a esos saberes (tanto matemáticos, lingüísticos, biológicos, etc.) y que, con ellos, se aprendan mucho mejor.

La prueba está en que a la hora de graduarse en la escuela formal, Sebastián fue el mejor estudiante, pero en la de la casa lo fue Teotisto. Todos éstos hechos me recuerdan el hermoso y grande cuento de Alejo Carpentier, “El viaje a la semilla”, en donde don Marcial, un marqués de la época de la colonia española en la América Latina del Caribe, no aprende nada cuando estudia de niño, de adolescente en la escuela formal de esos tiempos. Un sólo ejemplo basta para calificar esa pobreza de enseñanza: ¿Qué era para el niño Marcial una

manzana?: algo que había que comer. Muy seguramente para Teotisto (tal y como lo fue para Newton) si le caía sobre la cabeza sale la teoría de la gravedad.

De esta investigación pedagógica surgen muchas preguntas. Ahora sólo me hago una: ¿Cuántos de nosotros, profesores, nos damos cuenta de estas cositas? Por lo que ya expresé, muy pocos. Esto quiere decir, entonces, que tenemos que cambiar; que debemos ser creativos, razonadores, intuitivos, curiosos y críticos de lo que nos ocurre a diario en el diario quehacer educativo. Sólo de esa manera podemos evitar muchos traumas y tener una excelente educación. Nada más y nada menos.